

Ejército desnudo de sombras sin alojo

Ronaldo Menéndez

PRIMERA ESCENA: SOBRE EL INTERROGATORIO

Yo no soy Estiler. Dicen que hace un año pasó por aquí un sujeto con similares manías o tendencias o desafíos, y terminó tan frustrado como yo.

Pero no sólo insisto en que no soy Estiler o Stiller o alguna otra sustancia antipática, sino simplemente afirmo que yo soy yo, un director de teatro al que se le ocurrió que el campo y los vientos eran el mejor remedio contra la perniciosa metrópoli. ¿Lo sabe usted, mi muy señor teniente? Así acabo de decirle en el primer interrogatorio. Así. No soy Estiler, y mi obra de teatro nada tuvo que ver con lo que hizo aquel hombre en esta comarca.

Cuando fui sometido al primer interrogatorio que duró alrededor de veinticinco horas, recuerdo que la pregunta recurrente era acerca de mi propuesta, acerca de mis actores, acerca de la escenografía, acerca del guión, acerca del desenlace, acerca del distanciamiento, acerca de mi vida, acerca del cielo y los astros y las piedras y los árboles. Por tanto, mi muy señor teniente entendió muy poco de mis explicaciones. Lo principal, lo primero que traté de explicarle, es que soy graduado, con honores, sabores y sinsabores, de la ENA, escúchelo bien, señor teniente, de la Escuela Nacional de Arte, cuyo antiguo nombre era aún más específico, más expresivo, más preventivo en cuanto a mi caso se refiere: ENIT, o sea, Escuela Nacional de Instructores de Teatro. Pero el teniente muy poco sabe de estas cosas y quiere saber de lo otro.

¿Qué es lo otro? Lo otro, mi teniente, no es lo que usted está pensando. Mis actores también son profesionales y no cualquier hijo de arrabal deseoso de que su piel flamee a los cuatro vientos de esta comarca. Hice mi *casting*, los seleccioné como selecciona un lobo a los miembros de su manada, o como selecciona un general a los miembros de su manada. Para el proceso de selección simplemente les pedía que entraran en una receptáculo fuertemente iluminado, se desnudaran de pies a cabeza, y al cabo de media hora de estricta y desamparada y pastoril y sudorosa desnudez, se apagaron las luces y les pedí que se identificaran unos a otros a través del tacto. Sólo los más decididos, ah teniente, lograron salir airoso de la prueba. Mi elenco iba a ser mi Ejército Desnudo.

Pero el teniente es un pelmazo. La otra vez se apareció con todo su séquito, y cuando traté de explicarles que yo no era Estiler me enseñaron documentos

de identidad, acta de nacimiento, huellas digitales. Pero estoy seguro de que yo no soy Estiler. O acaso piensan que porque uno está aquí encerrado se va a convertir en Estiler. Eso es muy difícil, les digo, pero no los convengo, vuelven con eso de las pruebas irrefutables, de lo evidente y lo trascendente, el teniente me explica que sustancia es igual a materia más forma, con lo cual pretendo convencerme de que mi sustancia actual se denomina Estiler, porque tengo la forma de Estiler (huellas y fotos de por medio), ni qué decir de mi materia, pura carne y hueso aglomerados, cómo es posible que lo niegue, me dicen, cómo es posible que pretenda ser Pedro o Juan de los Palotes, o alguna otra entidad renegada. Pero yo sólo quiero que me digan dónde está mi elenco y dejar muy claro que no soy Estiler.

ESCENA ANTERIOR A LA PRIMERA ESCENA: LOS ACTORES, DOS MESES ANTES

La primera vez, mis quince actores desnudos se fueron situando sobre la hierba fresca. Daba gusto verlos. Verónica, de pubis rubio, encabezaba una hilera de cinco. A su alrededor brincaban tres sátiros: Cirilo que apenas tiene nalgas, pero sí una pequeña y hermosa verga rosada; Anastasio, adonis ciento por ciento (siento por su talento una predilección especial), y Evaristo, el más profesional de todos, ese actor al cual el resto observa con ojos de ópalo o ámbar o lapislázuli y pretenden recibir lecciones gratuitas. Los otros siete representaban el aún inmaduro, aunque impaciente, Ejército Desnudo.

Así se llama la obra: Ejército Desnudo. Trabajamos en la primera parte toda una semana. Las chicas desnudas representaban el nacimiento de la primavera, los sátiros acechantes eran no sólo el símbolo, sino la palpable realidad de que la primavera se basta a sí misma, es como un imán que atrae la efervescencia de las cosas. El resto, no menos importante, conservaba el clamor del deseo, de querer entrar en el círculo danzante de las estaciones.

Mis actores bailaron y brincaron y jugaron y reposaron y mojaron sus cuerpos bajo la finísima llovizna durante una semana, estudiando cada parlamento, cada giro. Creo que entonces, detrás de una colina próxima, demasiado próxima para no haber previsto que allí habitaba el prójimo, apareció el primer comarqueño curioso.

EL GUIÓN. LA TRAMA

Ah, mi muy señor teniente, de más está decirle que muchos de mis actores, sin importar la sempiterna correspondencia que vincula un sexo a su complementario, hacían el amor sobre la hierba fresca del mediodía. Pero eso no tenía nada que ver con nuestra trama, aunque, para ser estricto, no tenía nada que ver con la trama inicial, pero ya ve usted que la escena primera comienza con su interrogatorio, por tanto ¿acaso no es lícito autorizar que parte de nuestra trama haya sido el vigoroso amor con que hombres amaron a hombres y mujeres a mujeres, o se aparearon según las formas convencionalmente aceptadas? Pero esto es caso aparte, por lo pronto, digamos que se salían

del guión y se amaban los unos encima (y al lado) de los otros. Se salían del guión de la misma manera en que apareció el primer comarqueño curioso.

El guión planteaba el encadenamiento, la inevitable y armónica sucesión de las cuatro estaciones. Lo peculiar, ya que la obra era un círculo que es la mejor forma del infinito, es que la cosa empieza en primavera (para cualquier duda, mi teniente, remítase a la «Escena anterior a la primera escena: los actores dos meses antes»). La segunda etapa de nuestro libreto sumía a los actores en el verano. Ah, mi teniente, imagine el verano, pero para nosotros el verano no era otra cosa que una enorme fogata, de modo que mis desnudos actores duermen (y copulan) de día, y de noche salen a danzar alrededor del fuego. ¿Evolución dramática? Ya llevábamos quince días trabajando con la primavera, lo cual implicaba ciertos cambios en los roles temáticos, por así decirlo. El primero aunque no más notable, era que la hermosa Verónica de pubis rubio había empezado a hacer el amor (simbólicamente, desde luego, nada de penetraciones y escarceos patéticos en medio del escenario) con los tres sátiros simultáneamente. En honor a la verdad (yo no soy Estiler), para los tres sátiros era inevitable que sus vergas crecieran en medio y a todo lo largo de los ensayos, pero la cosa no pasaba a mayores. Estos juegos de Venus, estos retozos primaverales entre Verónica y los tres sátiros implicó que el resto de los actores se fuera fundiendo en una masa ordenada: si uno de ellos, digamos, se acostaba bocabajo entre cielo y tierra, el resto estaba obligado a imitarlo. Y así sucesivamente. ¿Por qué, mi muy señor teniente? Porque se trataba de un Ejército Desnudo, y es sabido (usted es militar, no lo olvidemos) que todo ejército se basa en un inevitable principio de orden, una rigurosa armonía como un tablero de ajedrez, como la arena de una playa, como un triángulo de pájaros mecidos por el viento. De ahí pasamos al pleno verano: tiempo de danzas y frenesí. El fuego al centro, las noches interminables, mis actores devorando la carne del jabalí, llenándose de hidromiel, gritando hasta que sus voces fueran un solo y leñoso grito idéntico al crepitar de la hoguera. El verano era puro sudor; cada actor, por lo menos, dejó un par de kilos de su cuerpo desnudo en el campo de batalla. La tercera parte del libreto correspondía al otoño. ¿Qué ocurre en el otoño, mi muy señor teniente? Los sabios, que no son muchos, se dedican a apertrecharse para la estación que vendrá después. Es así que mi Ejército Desnudo se dedica a recolectar todo, absolutamente todo, lo que pueda serle útil. Las mujeres pelirrojas de crin arremolinada arrastran fardos de hojas secas, las triguññas amasan el barro elemental y construyen conos semejantes a esos hormigueros imbatibles, los hombres aglutinan leña de roble, y así, y así.

SEGUNDA ESCENA: CONTINUACIÓN DEL INTERROGATORIO

TENIENTE: ¿Y no se le ocurrió pensar que todo ello afectaba a nuestra comarca?

DIRECTOR: Por supuesto, pero no en el sentido en que usted lo proyecta.

T: ¡Explíquese, mierda!

D: Todo afecta a todo. Digamos que usted arroja esa microfónica colilla de cigarro por esa minúscula ventana de barrotes. Al caer, la colilla podría desencadenar un incendio de alegres dimensiones forestales, pero no seamos tan drásticos. Digamos que simplemente la colilla cae apagada, sin mayores repercusiones evidentes. Tarde o temprano lloverá sobre ella, alguien podrá pisarla, el polvo la ira cubriendo-descubriendo ¿alguien pasa cerca? Distraído, cogitabundo, meditando la inadmisibile muerte de algún familiar o de un perro, ojos sobre el sendero, puede ver su colilla, puede recordar que fuma y encender un nuevo cigarro a la vista de su mínima colilla... así, teniente, podríamos ordenar el universo entero en relación a su colilla: polvo y lluvia y agua y viento, fe, y barajar. Todo ha sido afectado por su colilla aunque nadie pueda notarlo.

T: Váyase a la mierda, hombre. Que ustedes eran una pandilla de degenerados desnudos a la vista y paciencia de nuestra comarca. ¿Qué cree, que iban a salir tranquilamente de sus depravaciones?

D: Si me permite, teniente, pongámonos de acuerdo al menos en una sola cosa: para mí y mis actores que sólo Dios sabe dónde han ido a parar, lo único depravado es que me tengan aquí encerrado por culpa de mi obra. Lo que quiero significar, sencillamente, es que los términos que me aplica responden sólo a su punto de vista. Sin contar esa manía absurda de insistir en que yo soy Estiler.

T: La única manera de probar que aquí no ha pasado nada, escúcheme bien, es que usted reconozca ser Estiler.

D: No lo entiendo, en verdad, no lo entiendo...
Etcétera.

LOS ACTORES, DURANTE TRES ESTACIONES

Sofía fue la primera en desnudarse cuando llegaron a la planicie situada a unos kilómetros de la comarca. Bajó sus jeans, sacó el pulóver y sus colegas apreciaron que su pubis era rojo y que no llevaba ropa interior. Enseguida le siguió Carlos y Serafín y Rigoletto y Pánfilo y Verónica (a Sofía le gustaba Verónica), a Serafín le gustaban Sofía y Ariadna, pero Ariadna se gustaba a sí misma. Por eso solía masturbarse casi a diario.

Cuando los quince actores estuvieron desnudos una claridad inefable los fue invadiendo, un viento proveniente del lago, un cielo desprotegido que parecía un único sombrero compartido. Y lo mejor de todo, la tierra por debajo.

Sofía le pidió al director que él también se desnudara, pues de lo contrario podría convertirse en un director demasiado brechtiano. Cuando todos estuvieron desnudos, comenzaron los ensayos, los ejercicios de respiración, las caricias en los ratos de ocio que eran pocos. (Jamás se han concentrado tantas caricias en tan escasos ratos de ocio). Por ejemplo, el primer día, al filo del refrigerio, un chico angelical llamado Alcibíades comenzó a acariciar el cuerpo dormido de Carlos a la vista del resto de los actores, y todos, pero sobre todo Carlos, lo aceptaron como parte del curso natural de la obra.

La primavera transcurrió según natura, y lo más notable fue que a la primera semana apareció el primer comarqueño curioso, un joven campesino de uñas mordidas y ojos desorbitados. Tres días estuvo rondando en respetuoso silencio la consagración de la primavera, hasta que al cuarto día se unió al elenco tan desnudo como todos. Esa misma noche, una actriz de piel muy negra llamada Juliana le hizo el amor como nunca nadie se lo había hecho (dicho sea de paso, el comarqueño era virgen de mujeres, no así de cabras, lo cual no disminuye la pericia de Juliana).

Al albor del verano, Sofía y Verónica estaban completamente enamoradas, con un amor que había nacido de ese olor a pasto que ya formaba parte de todos y cada uno de los cuerpos.

El segundo comarqueño apareció en esa misma época, y no tardaron en unirse dos campesinas de caderas anchas y rostros frutales. De modo que para que la obra continuara dentro del rigor previsto por el libreto, y dado el alto profesionalismo de los actores, mientras avanzaba cada escena los más talentosos se encargaban de entrenar a cada comarqueño que se les iba uniendo. Un mes transcurrió antes de que el director tuviera que empezar a lidiar al menos con cuarenta actores, pues cada día, sin siquiera notarlo, se iba apareciendo más gente. Algunos llegaban cabalgando en abrupta desnudez, otros venían en carretas tiradas por bueyes parejos, incluso iban apareciendo niños desnudos, decenas de niños desnudos a los cuales era imposible entrenar, pero que agujereaban el paisaje con sus cuerpos que parecían bolas de estambre saltando entre la hierba.

Aunque casi todos descubrían el singular sabor de hacerse el amor sobre la faz de la hierba, nadie olvidaba que lo principal seguía siendo la obra que estaban representando. Así llegaron al otoño, aproximadamente ciento cincuenta actores. Para un observador atento hubiera sido evidente que al frenesí inicial le seguía un sosiego vespertino, una suerte de calma inteligente donde cada cual iba descubriendo sus afinidades en pequeños grupos, de modo que a la altura del otoño todos estaban muy calmados en cuanto al uso de sus cuerpos, y la obra iba mejorando.

Cuando empezaba el invierno, Ariadna, que en un principio sólo se gustaba a sí misma, y cuyos dedos ágiles formaban parte del piano blando de su cuerpo, comenzó a profundizar en otros cotos de mayor realeza. Una tarde cualquiera, cuando los casi doscientos actores se desperdigaban por los alrededores, Ariadna conoció a un comarqueño recién llegado que sólo contaba en su currículum con trece años vírgenes. Para ser exactos, Ariadna no lo encontró, pues se hundía en ese estado de duermevela tan delicioso, y en algún momento en que recorría sus párpados formidables, observó al chico observándola, desnudo, con su pequeño falo apuntando al horizonte de su rostro. Ariadna le sonrió y le dijo: acércate, puedes olerme si así lo deseas. Y el tan estricto niño ni siquiera se atrevía a palparla, sino que adelantaba su perfil de nutria asustadiza y se iba nutriendo, rellenando, dejando atravesar por ese aroma a agua de mujer que despidе una mujer cuando apenas conoce el sexo de otro hombre. El niño olió el cuello de Ariadna, el nacimiento de su cabello a

un costado de la nuca, las puntas iridiscentes de sus pezones, sus axilas de piel finísima, de ahí fue bajando hasta el ecuador del cuerpo de Ariadna, luego posó su nariz que parecía una lengua sonrosada en la hucha del centro de su cuerpo, estuvo largo rato el chico regurgitando su aliento entre aquellos labios desconocidos sabiendo que había encontrado el hilo de Ariadna, pues al cabo de un rato sus oídos liberados pudieron escuchar un gemido profundo que salía de las entrañas de la boca de Ariadna.

TERCERA ESCENA: EL INVIERNO

Al promediar esta cuarta etapa de la obra, ah mi señor teniente, ya habían empezado a llegar cuerpos desnudos de comarcas aledañas. A mis actores correspondía en esta etapa defenderse del viento frío que sopla del sur. No obstante a este viento frío, los comarqueños de ignotas regiones no se amilaban. Daba gusto ver las carretas repletas de cuerpos desnudos, cuerpos jóvenes desnudos, hombres y mujeres de vigorosa anatomía, adaptados a doblar el cuerpo bajo el sol meridiano que ya no estaba, niños alborotados y gritones, ancianos jugándose la suerte de sus pieles que al contacto con la luz redundante parecían mejor trajeados que nunca.

Este fue el invierno, hace apenas una semana, teniente. ¿Cómo se defendían mis más de quinientos actores contra el frío? Revolvían, envolvían sus cuerpos con sus cuerpos, cada piel se vestía de otra piel, cada epidermis reconocía en la epidermis ajena su única posibilidad de salvación. Era un espectáculo singular, que aunque previsto por el libreto, su sola materialidad bastaba para convertir cada montaña de los alrededores en la empequeñecida manifestación de una naturaleza bruta, ante la montañosa manifestación de nuestra naturaleza tibia de cuerpos humanos. Cuando los de encima se iban enfriando, los de abajo tomaban la posta.

Fíjese usted, teniente, por poner un solo caso, que Ariadna, aun en la perpetua confusión de los cuerpos palpitantes, jamás se separaba de su niño-amor, para ello abrazaba su cuerpo como una concha abierta sobre un pequeño molusco.

Así transcurría todo hasta que la obra fue repentina, groseramente interrumpida, aunque esto usted lo sabe mejor que yo, teniente. En el exacto punto de los cuerpos fundidos, al filo de la absoluta convicción de que lo más profundo es la piel, usted y todo su ejército de gendarmes interrumpieron mi obra. Y a partir de este punto les aseguro que no soy Estiler, les aseguro que bajo la luz de reflector alguno conseguirá usted arrancarme la confesión de que yo soy Estiler. ¿A qué tanta insistencia? Le juro a usted que no comprendo. ¿Y mis actores, qué ocurrió con mis actores?

EPÍLOGO (VOZ EN OFF)

El caso Estiler aún estaba muy fresco. Una morosa comisión investigadora había estado durante varios meses rondando la comarca, pero sin resultados

alentadores. El teniente y su policía montada de más de seiscientos hombres habían dado muestras de una fidelidad a prueba de comisiones investigadoras, de un silencio más inexpugnable que un promontorio al centro del océano. Apenas un mes antes de que ingresaran los quince actores y el director, la comisión se había retirado con un enorme rabo entre las piernas, dictaminando en su informe ministerial que el caso Estiler permanecería sin una respuesta concreta, pues el fotógrafo Leopoldo Estiler estaba irreversiblemente desaparecido.

Leopoldo Estiler, de veinticinco años, llegó a la comarca en la madrugada de un día de verano, acompañado por sus misteriosos aparatos y sus dos modelos de cuyo nombre nadie ha podido acordarse, pues para los comarqueños curiosos no pasaron de ser dos fantasmas desnudos que posaban ante el visor de las cámaras de Estiler como estatuas de cal.

Cuando el teniente decidió acabar con todo aquello, no tuvo mejor idea que reunir a lo más selecto de sus hombres de a caballo, oscuros jinetes patrullaban los senderos, y él mismo al frente de unos pocos se fue acercando justo en el momento en que Leopoldo Estiler apretaba el obturador de su cámara lúcida. Era imposible usar armas de fuego o sables de infantería o bayonetas, unos dejaban huellas marciales y otros esparcían a los cuatro vientos de la comarca las huellas del sonido: todo hubiera conducido a la comisión investigadora, tarde o temprano, al teniente y su policía montada. Sin embargo, tantas enormes piedras había en los alrededores que el teniente no tuvo mejor idea que acabar con todo aquello apedreando una y otra vez a Leopoldo Estiler y sus desnudas modelos. De llegar alguien al cuerpo muerto del delito, sería fácil culpar y justificar el crimen atribuyéndolo al bruto pundonor de los comarqueños.

El día en que apareció, como una pesadilla al desnudo, el director de teatro con sus quince actores, el teniente sintió que la lava de un río de indignación se tejía entre sus venas. Cuando dos meses después de iniciada la obra, en pleno invierno teatral, hubo acabado con todo aquello al mejor y más unánime estilo del caso Estiler, maliciando una nueva comisión investigadora, le dijo a sus hombres: la única manera de probar que aquí no ha pasado nada, ni ahora ni antes, escúchenme bien, es que de alguna manera este hombre reconozca ser Estiler.